

El misterioso caso de la peste negra

Eduard Mira



Colección: Las aventuras y desventuras de Godofredo Chaucer
www.nowtilus.com

Título: El misterioso caso de la peste negra

Autor: © Eduard Mira

Editores: Isabel López-Ayllón Martínez

Copyright de la presente edición © 2012 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

La versión catalana (valenciana) de esta novela fue publicada en 2006,
por Editorial Destino con el título *Tribulacions d'un espia vell*.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 978-84-9967-326-4

Fecha de publicación: Abril 2012

Impreso en España

Imprime: Cofás Artes Gráficas

Depósito legal: M-6606-2012

Agradecimientos

Universidad de Alicante, Biblioteca (Préstamo Interbibliotecario); Cambridge University Library; Astrid Probst, Mireia Mira, Romy Gille, Joan Perujo, Eva Rico, Ariadna Perujo, Jesús Pradells, Santos Rodríguez, Isabel López-Ayllón, Daniel Cladera, Alexandre Porcel, Diana Gayoso...

Índice

Proemio	11
La carta	21
Lenguajes cifrados, códigos, memorias y recuerdos	33
La historia	59
Obsequios y pruebas	93
Encuentros galantes	107
El mensaje	135
El voto	163
Epílogo	179

Proemio

No se puede acusar al pobre Corbino ni a persona tan cabal como Argentina III —su dulce amiga y más conocida como «la Bella»— de haber sido infieles al solemne voto que pronunciaron, pues el secreto únicamente salió de sus bocas en circunstancias de extrema urgencia. El tal secreto ha ido transmitiéndose a modo de arcano y de madre a hija durante tres generaciones.

Biznieta soy de Corbino y de la Bella, y me habría correspondido el sexto lugar en una secuencia de Argentinas que se remonta a la Barcelona de hace más de siglo y medio. Sin embargo, por decisión de quien fue mi padre y por la amorosa debilidad de mi madre, se me dio el nombre de Isabel, Isabel de Loris, ya que he adoptado el apellido que, al parecer, injertó en nosotras aquel galán francés que escribió los primeros y mejores capítulos del *Romance de la Rosa*, libro muy leído en una época ya casi marchita. De niña, sin embargo, y de no tan niña, mi madre me llamaba a veces Melusina, de acuerdo con una tradición doméstica que comenzó en algún punto

de nuestra ascendencia familiar, y a guisa de homenaje al hada cuyos vuelos y andanzas solía contarme mi progenitora junto a la cuna, tal como ella lo había escuchado de la suya. Me he acostumbrado a ser nombrada así de vez en cuando y no me arrepiento; que eso de tener días para una misma y espacios ocultos me seduce. Por más que mi cuerpo nunca haya dado signos de que le fueran a crecer alas de dragón y cola de serpiente, como le aconteció al hada, he hecho mío hasta tal punto al personaje que temo salir volando un día por encima de los montes. Depositaria soy, en todo caso, de un secreto familiar, y me corresponde transmitirlo de acuerdo con la manera en que mis predecesoras interpretaron el pacto de silencio que hizo jurar don Godofredo Chaucer a Corbino y a la Bella..., y también al modo mío.

El que ya no esté en edad de tener descendencia de ningún sexo —ni haya sido tal mi inclinación— me ha llevado a escribir este tranco y otros que le irán a la zaga. No creo que don Godofredo Chaucer se revuelva en el sepulcro de la abadía de Westminster, donde reposa desde hace más de cien años. Sí, allí sigue, por más que el rey Enrique VII de Inglaterra haya levantado una muy hermosa capilla, dedicada a Santa María, en el solar junto a la iglesia abacial que ocupó la casita que viera fallecer al poeta, al espía ya viejo. Entretanto, ese marino genovés al que llaman Cristóbal Colón ha ido varias veces a las Indias por Poniente, y hasta tengo oído que el papa Alejandro VI ha invitado a un silesio de nombre absurdo a enseñar en Roma que la Tierra gira alrededor del Sol.

A menudo observo las estrellas valiéndome del astrolabio que magister Eleazar de la Cavallería regaló a don Godofredo Chaucer, que este quiso donar antes de morir a su fiel Corbino y que, de Argentina en Argentina, llegó hasta mí. Poco me dicen los astros, pues no estoy muy versada ni en astronomía ni en astrología judiciaria, pero me temo que algún parte de calamidades se oculta en el firmamento, listo para sacar la cerviz y abrir de par en par los establos donde aguardan con impaciencia, relinchan, bufan, piafan y dan coces los entecos rocines del Apocalipsis. No puedo quejarme del siglo que me ha tocado vivir. Presumo que no ha sido tan funesto como el anterior. Sin embargo, algo más que el astrolabio y el firmamento me dice que en la centuria que entra los campos se llenarán de horcas y picotas, de incomprensión y de muerte, de monstruos y de bestias que harán huir —por encima de las hermosas torres, los agudos chapiteles y las cresterías en que mis tiempos tanto han abundado— a aquella Melusina que, en suma, fue un hada amable, reliquia inútil de otras épocas.

He preferido poner en boca de mi bisabuelo Corbino estas páginas, pues fue él quien las vivió, y he optado por hacerlo al estilo de esos retablos llenos de personajes y de escenas que tanto gustaban en el siglo que siento cómo fenece. Todavía no sé qué destino voy a darles, ya que me reconcome de algún modo el juramento familiar, y, como he apuntado, no tengo hijas a quienes legárselas y tampoco hijos. En realidad, desconozco cuánto hay de verídico en ellas. Como bien decía don Godofredo Chaucer, lo oído, lo visto, lo olido, lo gustado, lo palpado y lo leído se amalgaman en la mente para dar unas mixturas que acaso tengan poco en común con los simples que las

constituyeron y que, una vez adobadas, son propiedad de su autor y del mundo; no pueden ser ya un secreto para nadie.

Sobre mi escritorio se amontonan papeles, vitelas, libros, recuerdos y memorias de un tiempo que no llegué a conocer; voces y rostros que tampoco vi en persona, pero que son vivencia íntima. Los trato con esmero, como sin duda hace el alquimista que nunca deja de barrer su cubil ni de fregar sus redomas y atanores, a fin de que el compuesto que busca se sublime, decante y purifique con calma y pulcritud.

Muy puntillosa soy con la limpieza, pues no sólo aleja pestes sino también todo tipo de miasmas. Es precisamente la pulcritud y el buen acomodo lo que caracteriza a los hostales que tengo en arriendo en la mancebía de Valencia, la mejor aderezada de toda la cristiandad y de la cual se hacen lenguas cuantos viajeros la visitan, vengan estos de Italia, de Alemania, de Bohemia o de Polonia.

Con siglo y medio de retraso, he convertido en realidad el sueño que siempre acarició quien comenzase la saga de las Argentinas: aquella Argentina I que cantaba motetes para el rey Alfonso el Benigno y que tuvo un prostíbulo notorio en la calle de los Baños Nuevos de Barcelona. He heredado también su voz de plata y, de algún modo, creo haber saldado una deuda con tan brava fémica, a la vez que me hacía un favor a mí misma. «Que una es siempre la mejor amiga de su propia persona», podría haber sentenciado don Godofredo Chaucer de haber nacido mujer.

Digo que he hecho realidad el sueño de mi querida antepasada, ya que los dineros que me traje de Londres, sumados a las rentas que me proporciona el saneado negocio del burdel valenciano, me han permitido retirarme

a una quinta entre aromas primerizos de azahar y murmullo de arrayanes; donde florece el jazmín y madura el limonero, se elaboran las mejores uvas pasas que jamás he catado y se crían sabrosos tintos de mucho cuerpo y excelentes moscateles que con gran placer habría paladeado don Godofredo Chaucer. Hasta aquí me llega diariamente el eco de aquellos días que tan sólo viví de oídas pero que, como dije ya a vuestras mercedes, llevo impresos en el alma, a pesar de los muchos avatares que la existencia me ha ido deparando.

Jalón, tal es el nombre de la aldea y del paraje donde tengo mi hogar. Eleazar de la Cavallería (el converso cristiano, espía, físico, trujamán o lo que buenamente fuera, que tan bien conoció a Godofredo Chaucer y que tanto tiene que ver con esta historia) anduvo de paso por aquí cuando los temporales obligaron a la galera en que viajaba a buscar puerto de paz en la cercana Jávea. No me extraña, sin embargo, que quienes no son naturales de estos pagos no conozcan el lugar de mi retiro, pues se trata de un valle recóndito en mitad de las entrañas del Reino de Valencia, más allá del río Júcar, entre la capital de ese Estado de la Corona de Aragón y la ciudad próspera y riente que llaman Alicante; un valle que acuna —entre alcores, roquedas y ásperas montañas cubiertas de carrascas, arces, fresnos, pinos, palmitos y coscojos y donde menudea la salvajina— a la savia que alimenta a las higueras, a los cerezos de suave rubor, y a los almendros que para San Eladio visten los bancales de piedra seca con velos de novia. Bajo el emparrado donde garabateo mis folios desde antes de que se iluminen las luciérnagas hasta el despertar de la alondra, hurtándome a los rigores del estío, he encontrado esa *aurea mediocritas* en la cual cuerpo y mente hallan sosiego y que tanto añoraban

filósofos antiguos como Ovidio y Séneca, muy caros a don Godofredo Chaucer.

He heredado de mis mayores la afición a la lectura, pues putas doctas fueron las Argentinas, como explicaré o, más bien, como les explicará Corbino. Me he aficionado a la excelente literatura escrita en las tierras que me acogen y cuya lengua, que fue de mis antepasadas, he logrado dominar. Leo, por tanto, con delectación, cuando estoy en vena grave y melancólica, los versos del caballero Ausías March, el cual tuvo feudos mal ganados —que sus descendientes aún se disputan— por estos valles y sierras. Huelgo con los galanteos y formas literarias de Roís de Corella, clérigo cortesano y vividor. Me río muy de veras con los escritos del médico Jaime Roig, a quien llegué a conocer en un mercado de Valencia y a quien sólo achaco que no me prestase atención cuando le expliqué por lo menudo las teorías de *magister* Eleazar. ¡Me recuerda tanto a cómo pudo haber sido don Godofredo Chaucer...! Igualmente misóginos, en apariencia, los dos; igualmente mordaces, igualmente agudos, igualmente cautos. Disfruto, sobre todo, de las enjundiosas aventuras de Tirante el Blanco, el caballero con algunas máculas que, como su autor, don Juan Martorell, murió en el lecho después de mucho lance en vida. Muy caro me resulta el tal don Juan, por más que no llegase a conocerlo personalmente. Acaso algún día explique a vuestras mercedes las exactas razones de esa querencia.

Hojeo a veces el relato que don Ramón de Perellós hizo del purgatorio de San Patricio, las obras de Raimundo Lulio —que me aburren un poco—, las del arrapiezo de fray Anselmo Turmeda y hasta los latines de Bernardo Metge, preceptor que fue a ratos de la Bella...; a

Jaime y a Pedro March, poetas amorosos, y, con algún esfuerzo, a trovadores y troveros antiguos. No me disgusta Leonor de Aquitania; a María de Francia, la encuentro un tanto dulzona; a Cristina de Pisán, cuya obra he conocido no hace mucho, demasiado severa. En cambio, me distrae honestamente—más que servirme de lectura piadosa— el estilo, al tiempo feraz, deleitable y hogareño, la difícil sencillez, de doña Leonor de Aragón, más conocida como sor Isabel de Villena desde que profesara, a los quince años de edad, en un convento de clarisas con mucha prosapia y del que fue abadesa. Sor Isabel nos legó, con su *Vita Christi*, el último gran ejemplo de la brillante prosa que alumbró la Valencia cuatrocentista.

He logrado, incluso, una copia del libro de aquel Guillermo de Loris, de cuya simiente procedo, y hasta de la fábula del hada Melusina, compuesta por el picardo Juan de Arrás. Según pasan los años, me he ido aficionando también a los versos de Jorge Manrique, un castellano muy grave, bien distinto a aquel marqués de Santillana que tanto me agradó en su fondo y en su lozana forma, y que fue mi primer libresco amor en la lengua de Castilla. Aun así, he leído en los últimos tiempos, con mayor deleite, una obra que hace muy poco ha salido de la prensa en una ciudad renana. Aunque la obra en cuestión lleve por título *Comedia de Calixto y Melibea*, no sabría si calificarla como novela o como pieza para ser representada —o, al menos, para oír cómo nos la declaman—, ya que sus personajes no dejan nunca de razonar entre sí o para sí mismos, mostrándonos, a través de los actos que nos cuentan, las múltiples máscaras que el amor asume: desde el más fino y depurado sentimiento hasta aquello que personas más remilgadas y menos vividas que yo tendrían por soez y reproable. ¡Ah, el amor, el amor...!

Me ha dado por componer estas páginas en la lengua de Castilla —que he acabado haciendo mía yendo de oca en oca entre salones de respeto, burdeles y cenáculos literarios—, ya que es muy clara, rotunda y dúctil y me place, por más que, a la hora de escribir, me valga, asimismo —y según mi ánimo— del bello romance de estas tierras, de mi inglés natal, del toscano, del francés o de algún otro idioma de la legua. No estoy demasiado ducha en el genovés de Corbino, y también por ello he preferido emplear aquí el castellano a modo de tierra de nadie.

Mas volvamos a mis principales lecturas bajo la parra. Admiro a los poetas italianos casi tanto como a los latinos, y los cuentos de Juan Bocaccio me producen más de una sonrisa y alguna carcajada franca. Los ingleses Gower y Langland me cargan soberanamente, pero leo y releo, como pueden comprender vuestras mercedes, los poemas de don Godofredo Chaucer y, en particular, los *Cuentos de Canterbury*. Lo hago, eso sí, con un talante muy distinto al que me suscitan los demás autores.

A comienzos de la primavera, los hortelanos moriscos enjalbegan y orlan con añil la alquería espaciosa y limpia donde vivo y en cuya linde sonrío, con el recato que imponen estas tierras enjutas, el agua del riachuelo que discurre por entre cañaverales; bajo los sauces, los frescos chopos, el viejo almez... En verano, las sirvientas extienden juncos, lavandas y romeros sobre las baldosas de barro cocido que alternan con azulejos de Manises y Paterna bellamente decorados en añil. El aroma a ropa limpia y a patio recién regado, a pan tierno y al amor nocturno se amalgama con las fragancias del espliego, del hinojo y del tomillo que tanto abundan en los eriales próximos, con los trinos de gorriones y jilgueros, con el

silbo de la abubilla y la ronca voz de las cigarras, y espera que los grillos comiencen su cántico a la noche, los carnales instintos aguzados por la brisa marina que hasta aquí se abre veredas a través de ramblas y quebradas. En otoño, me llegan, nada más rasgar la aurora, los cantos de los vendimiadores, los trajines de los zagales que varean el olivar, el olor a tierra chopa, a nubarrones y rocíos. En invierno, los naranjos dan su espléndido fruto dorado cabe la fuente del jardín, protegidos, por altos muros tapizados de madreselva, de los vientos desabridos, de las escarchas y de miradas golosas. Y, en lo alto, casi siempre, un cielo tan azul como los ojos de maese Godofredo Chaucer, o tan negro y lleno de astros como a él le habría complacido escrutarlo; cuajado de estrellas fugaces cuando llegan los calores, de vidas errantes que, sin duda, se entretejen y nos hacen signos.

Sí, este es un pequeño paraíso donde las horas discurren morosas, donde hilo retazos de mi propia vida y de las vidas de otros que junto a mí han pasado, de vidas que he oído contar, que he leído o he inventado yo misma —ya no lo sé de cierto—, con las vivencias que me transmitieron la fértil memoria y la locuacidad de mi madre, Argentina V. Por ventura algún día cuente también la manera precisa en que recibí ese legado, por qué he elegido este valle como lugar de gozoso retiro y qué derrotas me condujeron hasta él.

Mientras tanto, a fecha fija, como quien hace honor a un compromiso, me sirvo bajo el empujón de una copa de vino generoso o un vaso de clarete, y leo por enésima vez los gruesos volúmenes que me traje de Inglaterra y que reúnen las obras de don Godofredo Chaucer. Recorro con delectación las páginas ajadas, dejando que

la mente divague. Es como un rito que recomienza, precisamente como lo expresó el propio Chaucer, «cuando abril, con sus suaves lluvias, anega la raíz de las sequías de marzo y todo baña en la dulce savia por cuya virtud los campos florecen; cuando el tierno hálito del céfiro ha hecho ya despertar surcos y bosques y ya su música entonan dulcemente las aves que, en ese tiempo, duermen sin cerrar los ojos, tanto Natura las excita; cuando ya ha recorrido el joven sol media jornada en Aries».

Mas ya es hora de que comience el relato. Dejo, pues, la palabra a mi bisabuelo Corbino.